

ción muchos españoles notables en linaje, virtudes, saber y capacidades, de donde procedió un notable sedimento cultural generador de pléyade de cronistas, orfebres, escultores, misioneros, hombres de arte y de ciencia.

Hubo en ella imprenta y Universidad en los primeros siglos. El segundo periódico de la América Hispana apareció allí, *La Gazeta*, 1729. Y pudo desarrollarse una patriótica y pujante Sociedad de Amigos del País. No es de extrañar, pues, que en ese ambiente se engendraran ingenios como Landívar, el primer poeta colonial de América y a quien "sólo faltó escribir en lengua vulgar para arrebatarnos a todos la palma, en su género, acaso sin excluir al cantor de la agricultura en la zona tórrida".

Hizo sus primeros estudios Landívar en la Universidad de Guatemala, en donde se graduó de Maestro de Artes. Vivió en México doce años, donde tomó el hábito de jesuita. Regresó a Guatemala, dedicándose a enseñar literatura, filosofía y teología, y fue expulsado, con los demás jesuitas, en tiempos de Carlos III. Tras muchas penalidades por las costas de Africa y los países centrales de Europa (así se deduce, porque al final dice que sus versos fueron hechos a orillas del Rhin), pudo encontrar definitivo asilo en Bolonia. Vivió allí veinte años, edificando con ejemplo y enseñanza, y murió el 27 de septiembre de 1793.

De la *Rusticatio* existen tres ediciones, dos de Bolonia y una de Leipzig, todas de fines del siglo XVIII. En lo moderno ha habido dos traductores en México, el Padre Escobedo, en verso, y don Ignacio Lourda, académico, en prosa directa y literal. Ambas sumamente apreciables. Han traducido fragmentos de los quince libros, además, el poeta y humanista don Joaquín Arcadio Pagaza, mexicano; José María Heredia, como ya dije, cubano, y los guatemaltecos Juan Fermín Aycinena, poeta clásico, y José Domingo Diéguez, padre de Juan Diéguez Olaverri, otro poeta descriptivo de bellas prendas. Se hace ya difícil conseguir ejemplares de la *Rusticatio* original, aun en Bolonia o Leipzig. En la Biblioteca Popular de Guatemala existe uno. En la portada Landívar puso de epígrafe dos versos de Vaniere en que evoca la dulzura del campo que sube a sus labios para cantar...

Muy poco se ha sabido hasta ahora de la personalidad física y moral de Landívar. No hay ni siquiera un retrato. Uno de cuerpo entero que se conservaba en el Colegio Tridentino de Guatemala, desapareció hace tiempo. Los ilustres historiadores guatemaltecos Ramón A. Salazar y Batres Jáuregui hicieron prodigios por encontrar un retrato, valiéndose, el primero, de su situación al frente de la Secretaría de Estado para poner en movimiento a los cónsules de Italia.

He tenido mejor suerte, contando con la valiosa cooperación de los actuales cónsules guatemaltecos, y ha sido encontrado en el Colegio de San Jorge, donde Landívar dió clases en sus últimos años, un busto que la tradición dice pertenecerle. Se ha encontrado también, aunque sólo atendiendo a la misma tradición, su tumba. Y, sobre todo, la verdadera partida de su muerte, que es todo un himno de su vida.

Parece que no se puso lápida sobre la tumba del poeta, o, si alguna se colocó, fue tan ligera que el tiempo la ha borrado por completo. Me inclino a creer que no se puso ninguna. Ello está de acuerdo con el carácter de Landívar, según lo veremos al transcribir, al final de este artículo, su partida de defunción. Era él la humildad personificada. No tenía más que dos amores: Dios y su patria. Antes de morir repartió lo poco que poseía. Ha de haber pedido que se le amortajara todo lo más sencillamente posible y, de haber sido posible, que se le colocara sobre la tierra misma, sin ataúd, sin redoble de campanas, sin una inscripción siquiera. Los compañeros cumplieron como mejor se pudo. Pero no podían resistirse a grabar su rostro. Lo esculpieron en mármol para que sus ojos siguieran iluminando la media luz del claustro. Pero no se atrevieron a poner su nombre. Bustos y sepulcros quedaron, pues, en la penumbra de la tradición.

Esta fotografía, tomada del busto, que hoy ofrecemos a los lectores hispanoamericanos y del mundo todo, confirma una ligera descripción, también tradicional, que trae Batres Jáuregui. Están allí sus ojos, abiertos a la luz del genio y velados por una tristeza eterna y una renunciación sempiterna...

En la partida de defunción, el párroco Cayetano Tomba, excediéndose del lenguaje ritual, hizo un epitafio que encierra toda una apoteosis de Landívar. De Landívar hombre, hombre de infinita virtud.

"Año 1793.—Día 27 de Septiembre, Rafael Landívar, de la ciudad de Guatemala, del Reyno Mexicano, sacerdote ex jesuita de sangre noble y preclaro ingenio, doctrina, religión en Dios, con piedad para los hombres, y además de costumbres íntegras, graves, conllevándolas con máxima suavidad, en cuyo año se encontraba como oficial de la parroquia del Rector, con celo, con ejemplaridad santa, mientras enseñaba con dignidad, palabras y ejemplo, mayormente en aquellos días decaía su espíritu, molesto y afectado por la enfermedad, recreándose en la asistencia constante de sus semejantes. Recibió el sacramento divino de la Eucaristía el día 27 de Septiembre a las trece horas en la casa de Marcos Ugonis Albercati, en la calle de Zaragoza, y el nuevo párroco y la demás parroquia y todos los que le conocían y trataban en el beso de Jesús, como los ricos, enemigos y pobres, le tenían

siempre en la boca, habiendo repartido con largueza lo que poseía a los sesenta y tres años de nacido, supremo día de su muerte, y su cuerpo fue expuesto en esta iglesia para los funerales, donde fue enterrado, esperando la piadosa resurrección. Firmado: *Cayetano Tomba, párroco.*"

Con esta partida quedan concatenados muchos cabos sueltos. Reconstruída la tersa imagen moral de Landívar. He aquí por qué cantó y por qué lloró tanto. He aquí por qué se erigió con fijeza de predestinado en padre y maestro de la poesía descriptiva en América, para enseñar a sus semejantes y compatriotas a huír "del mundanal ruido" por las escondidas sendas del labriego, del pastor, del indio de la montaña, del sencillito labrador de las sementeras y hacinador de la riqueza cierta de nuestros pueblos, que no excluye la felicidad...

Así, por amor a sus semejantes, levantó el culto de América, reveló el secreto de la dicha y el contento de América, por la ingenuidad de los campos y el grandor de la naturaleza. Por su largo camino abierto ya vendrían en legión de todas partes de América: Andrés Bello, José María Heredia, José Joaquín de Olmedo, Gregorio Gutiérrez González, todos los cantores que templan la lira al son del Niágara o del Tequendama, al son de los truenos de los Andes y de los vientos de las pampas: Olegario Andrade, Obligado, Plácido, Flores, Peza, Pombo, Diéguez Olaverri, los que saben de las tardes de abril, de las mieles de la caña, de la flor del cafeto, de los sueños-fantasmas de Martín Fierro y de la música de Tabaré, en que se funden los ancestros.

Se comprende mejor al poeta a través del hombre, y el hondo sentido de su poesía, con que quiso inmortalizar en lengua inmortal, las bellezas de su América. Como Linneo había escogido el latín para dar vida perdurable a su nomenclatura, Landívar, para hacer perdurable el secreto de la naturaleza y las campiñas americanas, acudió al idioma de la *Eneida*, las *Geórgicas* y las *Eglogas*. Y se tiene una idea cabal del hombre. Todo fuego, todo humildad, todo el eterno bajarse, a pesar de la frente sobre el cielo, hasta sus pigmeos semejantes... Vertió versos y vivió dentro de su propia poesía. Fue un místico, como Santa Teresa, al que la implacable regla de Loyola no logró avasallar. Pero místico fuerte, amó la naturaleza y la patria. Y su penúltimo pensamiento, al morir, antes del último en Dios, ha de haber sido para aquella su Arcadia perdida, a la que ya jamás volvió ni volvería a ver. Entre sus postreras palabras ha de haberse aún podido entender:

*Salve, cara parens,
dulcis Guatimala, salve!*

Virgilio Rodríguez Beteta

Madrid, octubre de 1931.